

COMPANIA DE TEATRO CORIBANTES, INC.
SAN JUAN, PUERTO RICO



FOSA COMUN
(EXPERIMENTO TEATRAL)

CONCEPTO ORIGINAL: RAFAEL ROJAS
TERESA MARICHAL

LIBRETO: GILBERTO BATIZ

Seminario Multidisciplinario
José Emilio González
SMJEG
Facultad de Humanidades
UPR-RP

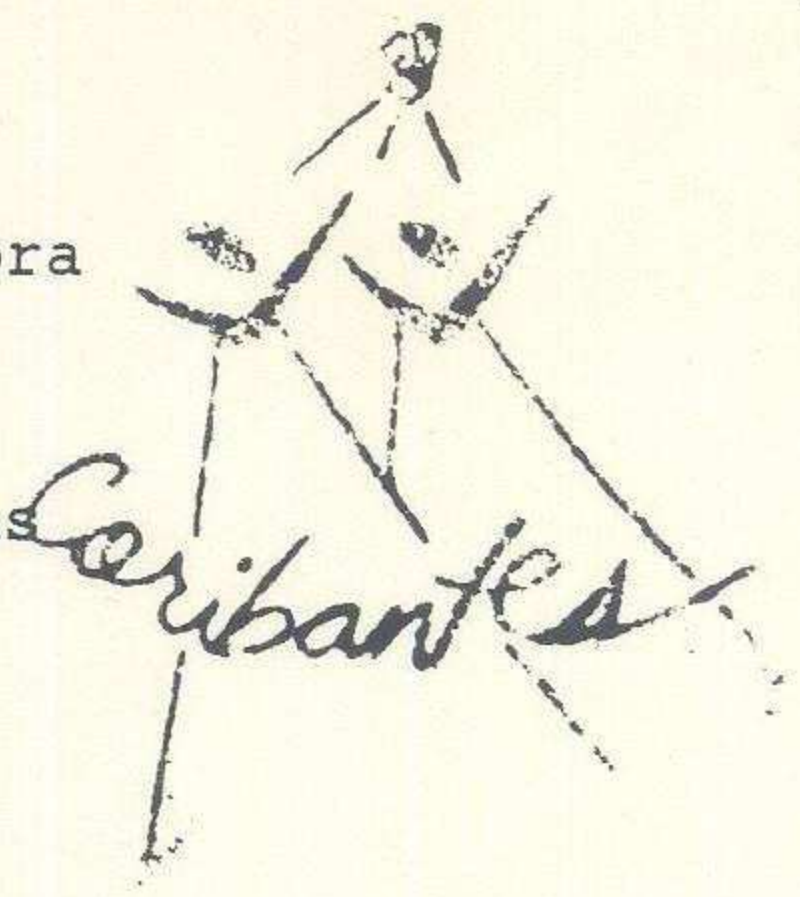
101
80 MAR 42

1182326

FOSA COMUN

PERSONAJES;

- Madre Superiora
- Cristina
- Mujer
- Sor Juliana
- Coro de Monjas



-Primer Cuadro-

La escenografía debe sugerir un viejo convento en ruinas. En la oscuridad impenetrable, pueden oirse indicerniblemente las voces de la congregación que tal vez rezan las oraciones de la noche. Con el murmullo, se hace casi imperceptible el coro de hombres, que interpreta a lo lejos un canto Gregoriano. La luz va decendiendo lentamente sobre el cuerpo de la madre superiora, que en posición del crucificado yace boca abajo en el suelo. Viste hábito negro con una enorme cruz blanca sobre el pecho. Las manchas rojas del hábito son el único detalle que infunde una atmósfera de vida o quizás de muerte, al enorme salón en el cual sólo puede observarse al fondo la majestuosa mesa del altar del sacrificio. Sobre ésta, se encuentran decenas de velones apagados. El coro de voces va lentamente desapareciendo, no así los rezos que ahora podemos percibir más claramente. Van entrando las monjas rezando, siempre rezando en susurro infinito. Cada una se dirige al altar del cual toma un velón lo enciende y lo va colocando, formando un enorme círculo alrededor de la mujer, que yace sobre el suelo. Salen rezando, rezando, rezando. Sólo cuando el susurro interminable de los rezos se hace casi inaudible, nos damos cuenta de que la mujer tendida sobre el suelo entona con dificultad un himno religioso de la solemnidad de la semana santa.

"Pequé, pequé Dios mío
 piedad, Señor, Piedad.
 Si grandes son mis culpas
 mayor es tu bondad."

(Reflexiona)

En caso de que se falte hay que besar el suelo cuantas veces se ha faltado.

(Vuelve a cantar)

"Por tu preciosa sangre

(Se detiene, reflexiona y vuelve a cantar)

Piedad Señor, piedad
 si grandes son mis culpas
 mayor es tu bondad...

(Va erguiéndose)

En caso de que se falte hay que besar el suelo cuantas veces se ha faltado. En caso de que se falte hay que besar el suelo cuantas veces se ha faltado.

(Comienza a besar el suelo,
 con intención de obediencia,
 pero luego los besos se tornan
 más ardientes, más apasionados).

En caso de que se falte hay que besar el suelo cuantas veces se ha faltado...

(Se retuerce, y respira anhelosamente apagando así los velones a su alrededor. Sólo deja uno encendido).

(Reflexionando)

Y tú faltaste Cristina, siempre lo supe.

(Se incorpora)

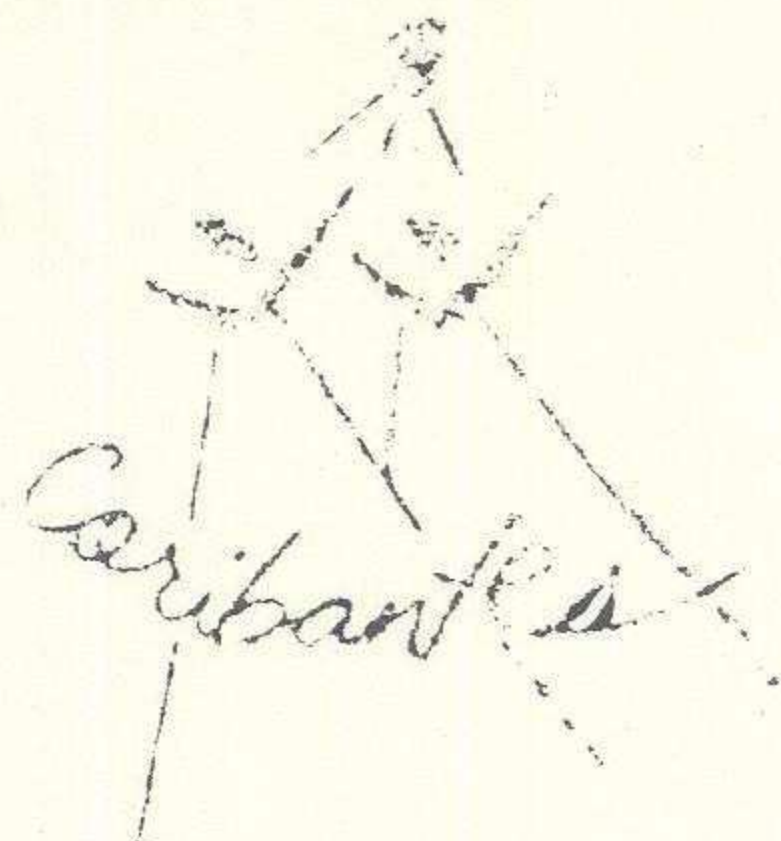
Tú faltaste siempre Cristina, siempre. Cría cuervos y te arrancarán los ojos. Está escrito: "Si el ojo derecho te hace pecar, arráncalo y échalo fuera de ti, y si tu mano derecha te hace pecar, cortala; mejor es que pierdas tus manos y tus ojos antes que todo tu cuerpo y tu alma vayan al fuego que no puede ser apagado del Infierno, donde el gusano de ellos no muere y el fuego nunca se extingue."

Y eso fue mi vida desde aquel día: un infierno. Las noches interminables, el viejo reloj que a las tres (3) de la mañana se detenía y había que darle cuerda nuevamente, las largas horas en la mesa sin decir una palabra, los infinitos rosarios en los cuales cada oración me condenaba, te condenaba. Cada instante fue convirtiéndose en un infierno eterno. Nunca he sabido cómo empezó todo. Eras tan pequeña, tan niña, tan hermosa. Rezabas ¿Por qué aquél afán por rezar tanto?, era como una obsesión. Me mirabas y al darme cuenta yo, te avergonzabas. Qué había detrás de todo aquello, qué había detrás de aquella mirada que no resistía la mía.

Entonces comenzaste a callarte, a hacer nuestros días infinitos relojes detenidos a las tres (3) de la mañana, sin palabras, callada siempre, callada. Ya no jugaste más en el jardín, habías crecido entonces. Nunca sabré como nos pudo pasar esto. Todo fue tan repentino y tan lento a la vez. Fue como el Cielo o el Infierno que de tanto saber que está allí nos olvidamos de que existe. Y estaba allí, aquello estaba allí. Presente en cada instante, en cada noche que se oían tus pasos en el corredor, en cada encierro tuyo, en cada silencio al preguntarte ¿qué te pasaba?. En cada noche en que daba vueltas en mi cama desierta, en cada sospecha, cada duda, cada incertidumbre. ¡Oh Dios! Sólo tú sabes las mil maneras que invente para saber que ocurría. Las mil formas y combinaciones de palabras para formular la misma pregunta. Revisaba tus cartas, tu diario, tu ropa, tu mirada. Cada gesto tuyo, lo aprendí de memoria a fuerza de observarlo. Empecé a ser como tú, callada, silenciosa, no sé porqué, pero creo que eso me hizo ser cómplice tuya.

Aquella noche en que el reloj como siempre se detuvo, oí tu acostumbrado llanto al final del corredor. Había esperado tanto para ver tus lágrimas de cerca. Cada vez que iba a abrir la puerta se me paralizaba la sangre, no sé, pero temía conocer lo que pasaba. Tenía miedo sí, pero debía saberlo. Debía terminar por una vez las largas noches, el silencio, la angustia. Entonces fui; el temblor de mi cuerpo me impedía casi el caminar. Tardé horas en llegar hasta la puerta. Sólo cuando estaba frente a ella, supe que no llorabas. No llorabas Cristina, no era llanto aquel sonido angustioso que por tanto tiempo compadecí. ¡No era llanto, Cristina! Me lancé sobre la puerta enloquecida de rabia y de engaño y sólo entonces comprendí el infierno que había vivido desde... (Se detiene)... Sí, entonces comprendí cuando empezó a arder este infierno.

Desde la madrugada que despertaste llorando, por que pensaste que el reflejo sobre la pared de la sombra de las ramas, era algún demonio que venía a buscarte. Eras tan niña aún, tan pequeñita. Gritaste desesperadamente y así



lograste que su protección no se apartara de tu cama. (Ríe). Tenías razón entonces, desde aquella noche el demonio entró por tu ventana rasgo tu traje, tu piel y paso a paso penetró en tus venas, en tu alma; y ya no fuimos más lo que habíamos sido. (Asume postura de predicador)

Y yo callé. Guarde mi boca con el freno en tanto, que los impíos e inmundos estuvieron delante de mis ojos. Enmudecí con silencio, me callé y el silencio se tragó la tranquilidad, y la paz interior del Convento se fue al infierno.

(Asume posición de Superiora)

En los conventos hay tres clases de silencio...

*Silencio ordenado: consiste en hablar estrictamente lo necesario.

*Silencio de obra : procurar no hacer ruido con ningún objeto.

*Silencio grande : consiste en un silencio sepulcrar, que no debe ser interrumpido.

(Componiéndose)

Y mi silencio fue Grande, Cristina, enorme, inacabable. Día a día, siglo a siglo, momento a momento me fui pudriendo de silencio desde adentro hacia afuera. El miedo y la ira me absorbían al sentir como centímetro a centímetro mis entrañas se iban descomponiendo, como un cáncer que no cede a ningún medicamento, como lepra que va arrancando pedazo a pedazo la piel y va haciendo de uno un monstruo. Se enardeció mi corazón dentro de mí y en mi meditación y mis oraciones se encendió una llama que cada día crecía. Sentí que cada rezo, cada respiro me abrazaba reduciendo a ceniza mi sosiego, todo se convirtió en infierno. Era como un sueño horrible del que trataba de sacudirme la modorra en vano. Por eso tuve que hacerlo.

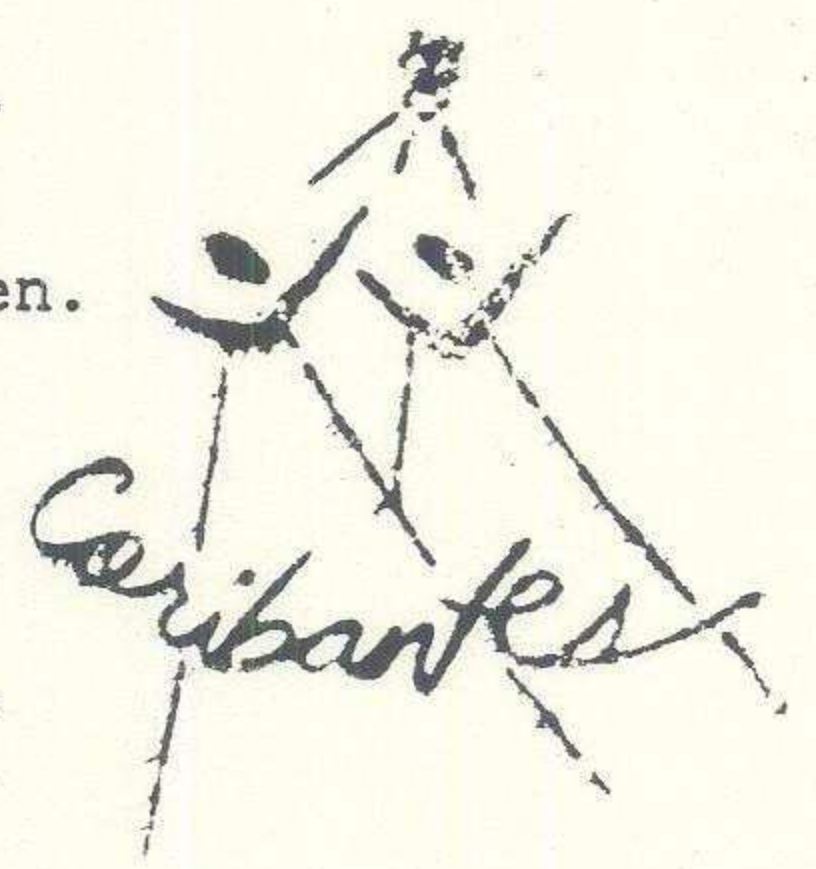
Seguí entonces el consejo del sacerdote aquél que mientras me confesaba iba desnudando mis temores, mis angustias. El mismo padre aquél que tiempo luego cayó de su caballo perdiendo la hostia sagrada. Aquel hombre iba abriendo lentamente mi pecho y mi estómago con una herida larga, infinita; extrayendo de entre mis víceras y mi vientre putrefacto: cada mirada de miedo, cada lágrima en la sala, cada noche de insomnio y acecho, cada gemido de placer al final del corredor, cada amanecer en que esperé despierta, ardiendo y abrazándome con el sudor caliente que corría por mis pechos desnudos y frustrados.

Cincuenta azotes al menos, dijo, los azotes que hieren la carne son la medicina para el malo y el castigo que purifica el corazón. (Reflexióna) El castigo que pudre el corazón y el alma.

(Sube con solemnidad al altar y Como sintiendo los azotes grita enloquecida).

...Uno, dos, tres, siete, doce. ¡Oh Dios! ¿Por qué? En ti he confiado. Sálvame de todos los que me persiguen.

...trece, quince, veinte. ¡Dios mío! si hay en mis manos iniquidad, si he dado mal pago a ti, persiga al enemigo mi alma y alcancela.





...treinta, treinta y cinco.
Señor, levántate en tu ira.
Alzate en contra de la
furia de mis angustiadores.

...Cuarenta, cuarenta y dos, cincuenta.
¡Oh Dios! de las venganzas, muéstrate.
Da el pago a los soberbios. Ellos
afilarán su espada, así mismo he preparado
yo armas de muerte.

(Cae exahusta del altar
y rueda por el suelo)

En caso de que me falte hay que
besar el suelo cuantas veces se
ha faltado (besa el suelo
apasionadamente y queda agotada)

(llora)

Por eso tuve que hacerlo, por eso. Sabes, Cristina, cuando el sacerdote perdió su hostia en el camino ya él agonizaba. No sabes cuántas veces te llamó. Estuve a su lado como siempre, callada como un sepulcro. Su voz ronca ya no podía casi pronunciar palabra alguna. No quiero ir al fuego eterno; decía. Quiero confesar mi pecado. Pero el tumor maligno que llevaba adentro ya había desgarrado miembro a miembro, célula a célula, el interior de su viril estirpe. Ya era muy tarde para dar marcha atrás. El castigo de Dios ya le subía por la pelvis hacia arriba, en su intento por podrirle también el corazón. Su carne corrompida por aquella extraña enfermedad no se lo permitiría, le llevaba por el camino que no tiene regreso.

En aquel momento sentí que Dios me había escuchado y que su ira, hacía cortar del universo entero todo lo inmundo y vergonzoso. Se había levantado en contra de mis angustiadores. Repetía una y mil veces ¡Gracias Señor! ¡Gracias! pues has dado el pago merecido a los soberbios. Pero el silencio Grande de aquella habitación oscura y sordida en donde él agonizaba, fue interrumpido de pronto por un grito largo y lento, un grito que clavó sus pezuñas en mi estómago, en mi mente, en mi cerebro, en aquel silencio mío que durante años había vestido de arrugas mi rostro, que un día fuera hermoso. Aquel horrible ronquido retumbó sobre el cuarto, las paredes, la silla, la sabana apestosa a orín ya fermentado. Sobre el suero colgando del espaldar de la cama, sobre el techo descascarado de pintura. Aquel grito de muerte se me metió por cada poro de piel que ya empezaba a cerrarse, a causa del sudor y el sucio del salón; me corrió por las venas, fluyó en mi corazón en mi cerebro y no fui nunca más la misma. Mi silencio había sido interrumpido y mi mente sólo escuchaba el inmenso ronquido de aquel pedazo de boca putrefacta que moría.

(Pierde el control y grita). ¡Maldita seas! ¡Yo te maldigo! (Vuelve en sí). Ya no pude nunca más amarte a ti Cristina. Sólo supe que Dios no había escuchado mis ruegos cuando oí aquel ronquido inmenso y angustioso. (Luego un silencio largo). Grito tu nombre sabes. Sólo tu nombre. Era como si hubiera querido llevarte al infierno con él a través de la muerte. ¡Cristina! Dijo sólo eso. Sólo eso gritó. Como si sólo eso hubiera sido su universo eterno, su vida, su existencia. Por eso tuve que hacerlo, no quise oírlo más y convertí aquel grito en una mueca de muerte. Fue tan fácil ya no gritó más. Fue entonces cuando supe que debía terminar la inmundicia y el acto bochornoso de tu entrega.

5

Llegaste el lunes después de su muerte. Te enteraste por la misa que mandé a decir en su nombre. Tus ojos ya no eran los mismos. Me miraste con toda la vergüenza del mundo en tus pupilas; pero sin nada de arrepentimiento en tus entrañas. Lo adivinaba, jamás te arrepentiste, me lo decían tus ojos, tu caminar nervioso, tus manos que temblaban al tomar la estampita de la Virgen María que ofrecieron en el entierro. Lloraste largamente como aquella noche que estabas asustada. Entonces comprendí que debería salvarte. Que debía devolver a tu cuerpo el alma de la niña que un día asustada creyó que el demonio apareció en su ventana. Entendí entonces que debía cumplir con lo que el cielo me ordenaba, pues sólo así terminaría esa angustia y el infierno que abrazaba mi cuerpo, mi alma, tu alma.

(Asume posición de Predicador)

"Id por el mundo echad fuera demonios, tomarán en sus manos las serpientes y si bebieren cosa mortifera no les hará daño." Pero, ¿Qué podría dañar un cuerpo putrefacto? ¿Qué fuego podría reducir a cenizas la ceniza? ¿Qué serpiente puede envenenar la sangre cuando el alma ya ha muerto envenenada?

(Recordando)

Dijiste entonces ¡Perdone Madre! ¡Perdoneme Madre!
¡Silencio! En los conventos hay tres clases de silencio:

(Asume posición de Superiora)

Silencio Ordenado.
Silencio de Obra.
Silencio Grande.

El silencio Grande consiste en un silencio sepulcral que por nada del mundo se puede interrumpir ni por obra ni palabra. "El que odia disimula con sus labios, Cristina, no le creas dice el Señor en su palabra pues siete abominaciones hay en su corazón". "Si hubiere muerte, dice el Señor, pagarás vida por vida, ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, herida por herida, golpe por golpe.

(Como si recibiera a Cristina)

Pasa Cristina, ¿Sabes que él está muerto verdad? Estuvo tan enfermo. (Para sí). Tan enfermo. Murió de un extraño cáncer que le consumió por dentro. Fueron días muy amargos Cristina. Necesitaba tanto de mí, siempre estuve a su lado. Mi protección no se apartó de su cama. Pero en realidad no sufrió tanto, había muerto antes, mucho antes. Ya no hablaba, ni una sola palabra, no se movía, parecía un cadáver. Así se fue, Cristina. Así el cielo le guarda en silencio; en un silencio eterno. ¿Sabes que dicen que el Sacerdote que venía a confesarlo se cayó del caballo con la hostia sagrada? Nunca pudo llegar aquí. (Recuerda) No pudo confesar. Dicen que Sor Juliana desde entonces cuenta historias extrañas sobre ese Sacerdote. Dice que las abejas conservan la hostia y que se arrodillan ante ella. (Ríe). Probrecita, la hermana parece haber perdido la razón. Te quedarás aquí esta noche ¿vedad? (Silencio). Vamos, Cristina, no te tortures por el pasado, pues su memoria es puesta en el olvido eso dice el Señor; en el sueño, sí Cristina, en el sueño.

(Cambiando por completo)

Y el sueño entonces fue más lento, más largo. El que odia disimula con sus labios, no le creas nunca Cristina, pues siete abominaciones hay en su corazón.



6

No abras las ventanas del cuarto hace frío esta noche y trata de descansar, de dormir, debes estar muy cansada, mañana hablaremos. Es un viaje muy largo hasta aquí.

Te tuve en mis brazos tratando de consolar tu llanto, estuviste en mis brazos como hace tiempo, antes de que el demonio visitara tu cuarto. Vamos duerme, Cristina. Descansa, duerme hija mía, yo velaré tu sueño.

Y te tuve en mis brazos, Cristina. Estabas tan cerca de mí, era tan fácil, parecías tan fragil. Tu respiración me quemaba, mi sangre ardía, el corazón se me salía de pecho, saltaba hasta mi boca, me ahogaba, era el mejor momento, parecía tan fácil, tan fácil. "Esto malo hay en todo lo que se hace debajo del sol Cristina, que un mismo suceso acontece a todos y también que el corazón de los hijos de los hombres está lleno de mal de hiel. Dice el Señor: "aquél que tocara cosa inmunda, será cortado de su pueblo y al fuego será quemado." Pero los que vienen, Cristina, han de morir; por que los muertos nada saben, ya su memoria es puesta en el olvido. También su amor, su odio, su envidia y nunca más tendrán parte entre los vivos, Por eso tuve que hacerlo. Esta escrito, Cristina, ¿por qué no me escuchaste? ¿Por qué no me escuchaste? Cuando te lo grité aquel día, me hiciste arrastrarme hasta ti. Te desgarré el vestido con mis suplicas y nunca te volviste hacia mí. Esperé, te esperé toda mi vida. (Gran silencio). Gritó tu nombre, sólo tu nombre, como si no hubiera sobre la faz del Universo entero tan sólo una palabra, una sola palabra que se tragó todos los silencios de mi sangre, mis venas, mi corazón, mi alma. Y entonces te maldije, si yo te maldije; te maldije Cristina.

(Gritando)

"El que hace errar a los rectos por mal camino, caerá en su misma fosa. Los cuervos lo devoren. El que cava, el foso caerá en él." Y me arrepentí de aquel ser que una vez saltó sobre mi vientre. "Y se arrepintió Dios de haber hecho hombre en la tierra y le dolió en su corazón."

(Lanzó un grito desesperado)

¿Por qué lo hiciste?

(Enloquece y sube al altar, se retuerce y grita).

"Raeré de sobre la faz de la tierra a los hijos que he creado, desde el hombre hasta la bestia y hasta el reptil y las aves del cielo, pues me arrepiento una y mil veces de haberles hecho."

(Se empieza a escuchar el murmullo de rezos de las monjas y el coro Gregoriano que ya no cesará hasta el fin del cuadro).

Cerré la puerta entonces. Te miré allí durmiendo. Había en tu rostro la complacencia de un sueño profundo, lento. Estabas tan hermosa. Puedo adivinar lo que soñabas. Cualquiera hubiera podido hacerlo, después de haber visto tu caminar nervioso, tus manos que temblaban. Por eso tenía que hacerlo. Sé que era impuro tu sueño, lo sé. Con estas mismas manos que tantas veces acariciaron tu cuerpo pequeño, cerré todas las puertas, las ventanas, cubrí todas las hendidias por donde el sol podía colarse. Entonces fue un Silencio Grande, Inmenso. (Toma en sus manos el mismo velón que ha quedado encendido). "Pobre de aquellos que se encieran entre paredes, porque la soledad dormirá en ellos y será un sueño lento, largo, infinito." (Apaga la vela). Por eso lo hice. (Suena el reloj y en sus campanadas indica que son las tres de la mañana). Las tres, las tres de la mañana, ya es domingo, debo dar cuerda al reloj, (entre una Monja sobresaltada).

Monja 1 --- Madre, Madre (Casi no puede hablar por el llanto y la fatiga).

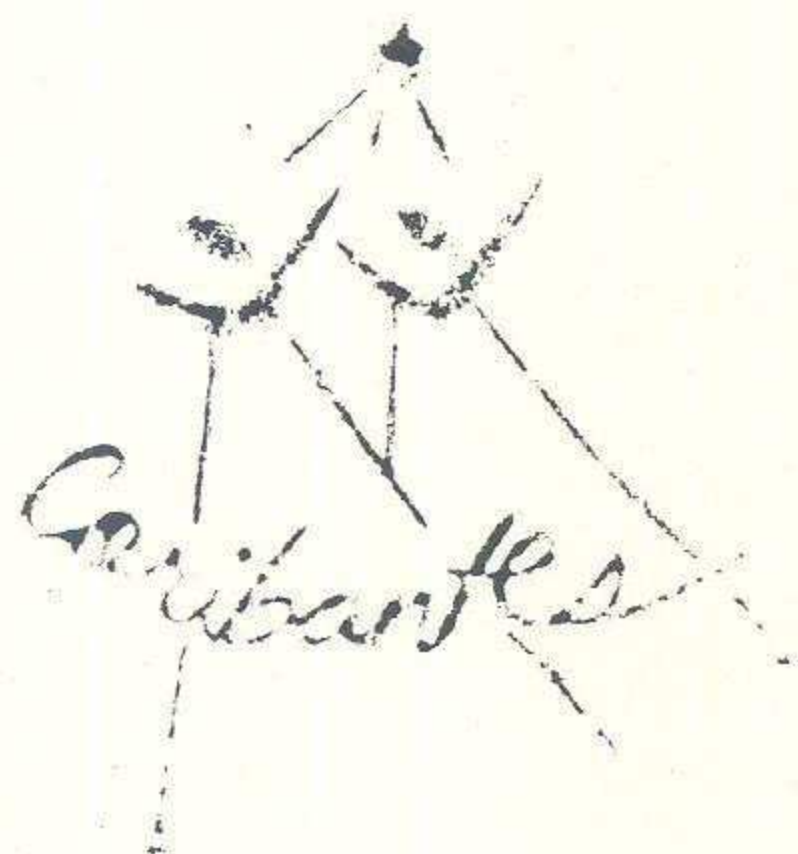
Superiora-- Qué ocurre hermana, cálmese.

Monja 1 --- Es Sor Cristina, es Sor Cristina, Madre.

Superiora-- (Sin sorprenderse) ¿Qué ocurre con la hermana Cristina?

Monja 1 --- (Entre llantos) Madre, Cristina está...

Superiora-- ¡Sh! A rezar, rezar por su alma porque el demonio se ha apoderado de ella. Vamos hermana, vamos a verla.



Caribantes

La misma escena del cuadro anterior. Luz tenue, todo está en penumbras. Anochece. Un rayo de luz va cayendo lentamente sobre Cristina, que vestida todo de blanco, escribe.

Sor Cristina--- Entré un día al sonar de una campana, a un templo de gótica estructura, con adornos de rústica pintura sobre el limpio cristal de las ventanas. Había por doquier bellos altares, adornados con velas encendidas de pinturas al oleo suspendidas...

(Al mismo tiempo que habla se ilumina La Mujer, quien enigmáticamente viste un traje de novia con velo, pero totalmente negro).

Mujer --- Estabas llena de amor.

Sor Cristina--- (Sin volverse) No. No era amor, era una niña.

Mujer --- Demasiado niña para darte cuenta de lo que estabas haciendo. De lo que todo esto encerraba detrás de sus altos muros.

Sor Cristina--- (Continúa escribiendo). Los ideales que yo tenía eran tan grandes que el corazón no me cabía en el pecho. Esperé el momento oportuno para hablar con la madre, justo el lunes después de la noche de su muerte. Sentía que por fin desaparecería por completo esta terrible sombra de tristeza. Pero hacía falta más que mi sincero deseo. No sé, ahora creo que estaba equivocada al pensar que todos aquí buscan la verdad.

Mujer --- Lo primero que aprendemos aquí es que esas puertas se cierran tras de ti. Aprendemos a sentir la soledad de cerca, la amargura, la tristeza, el miedo. La vida entonces se estanca. Los sueños se hacen más lentos, más profundos, más reales. Sentimos la sensación de un dolor que no acaba, que se prolonga, que nos envuelve, que nos paraliza en un mundo donde ya no hay más vida.

Sor Cristina--- (Dejando de escribir) Un convento es verdaderamente un dolor, un sacrificio, un sepulcro.

(Se oye el sonido o chirrido de puertas que se cierran lenta y estrepitosamente para siempre, para siempre).

Mujer --- Ya se han cerrado las puertas, van a ser casi las tres de la mañana. Han terminado las oraciones matutinas. Es tarde Cristina es hora de dormir, mañana hablaremos.

(Van apareciendo las monjas como fantasmas y corren entrando y saliendo de la escena).

Monjas --- Se te han cerrado las puertas. Se te han cerrado las puerts. Son las tres de la mañana, se te han cerrado las puertas...

(Salen las monjas)

Mujer --- Ya se han cerrado las puertes.



Sor Cristina--- ¿Recuerdas el jardín donde crecimos? Había tantas flores, cientos de flores de cientos de colores.

Mujer --- (Levantándose el velo, como en extraño sortilegio). Sí, lo recuerdo. Ambas lo recordamos.

Sor Cristina--- Papá se entristeció cuando decidí entrar al convento.

Mujer --- Sí, se entristeció tanto, ya nunca fue el mismo. Eras tan niña.

Sor Cristina--- Sí, una niña a quien su padre amaba. (Confusa) Pero yo quería servir al Señor, ser su esposa. Entrar al convento y estar en paz.

Mujer --- Pero te equivocaste. No tenías que entrar al convento para encontrar la paz. Un convento donde la esperanza se convierte en dureza, frustración.

Sor Cristina--- ¿Cómo salir ahora? ¿Cómo romper estos muros esclavizantes? El tiempo se ha echado a correr y no lo puedo alcanzar. Estoy en mi sepulcro.

Mujer --- Si quisieras realmente Cristina, podrías despertar de una vez de este sueño horrible. ¡Pero vamos descansa! Ve a dormir, ve a dormir ahora. Es tarde.

Sor Cristina--- No sé. A veces cuando la noche es más oscura, entro en un sueño profundo, largo. Sueño que...

Mujer --- ¡Sh! Ve a dormir, ve a dormir ahora ya es tarde.

(Entran las monjas nuevamente como Fantasmas que corren por el escenario).

Monjas --- Es tarde Cristina, muy tarde, muy tarde...

(Apagan)

(Al iluminarse la escena surge de entre la penumbra la figura de Juliana. Viste de hábito, pero no lleva el velo. Habla para sí misma).

Juliana --- (Cantando) En una aldea pobre, donde tenía su parroquia vivía un sacerdote (Se detiene, ríe y luego continua hablando con cierto matiz infantil) Cierta día, un aldeano le vino a avisar que había un enfermo muy grave que deseaba recibir la comunión por viático, que quería confesar. El sacerdote, en cumplimiento de sus deberes tomó una de las hostias que estaban en el Sagrario; y envolviéndola en un paño muy, muy blanco, la depositó en una bolsita la cual se ató al cuello para no perderla. A pesar de las precauciones del sacerdote, el caballo resbaló cayendo con él al suelo. Perdió la hostia que llevaba y nunca la pudo encontrar. Tampoco pudo ir a visitar al enfermo. Se murió sin confesarse. Iría al Infierno lo más seguro. (Se asusta, se presigna) ¡Ave María Purísima! Grande fue el asombro del

Caribantes

cura, cuando a los tres días después le vino a buscar un campesino, para que viera una cosa maravillosa que estaba sucediendo en sus colmenas. La hostia estaba entre un panal de miel, (Ríe) y estaban todas las abejas arrodilladas ante la hostia. (Se presigna). El sacerdote reunió a todos los ferigreses para llevar la hostia en procesión hasta la iglesia, donde aún se conserva intacta. ¿Se conserva intacta? No, se la comió el enfermo pecador. Se conserva intacta. ¡No! Se la comen las cucarachas, las abejas. Yo también la muerdo a veces, la roo. (Ríe) Las abejas arrodilladas ante la hostia. (Canta) ante la hostia las abejas se arrodillaron... Y el enfermo no se la comió, ahora está en el infierno. Por eso yo quiero morderla. Pero no la veo. ¿Dónde está la hostia? (Se angustia). ¿Dónde está? Yo también quiero morderla, no quiero ir al infierno. ¿Dónde está? Las abejas se arrodillan a comerla. Todo está oscuro aquí, ¿dónde está la hostia? No quiero ir al infierno. (Se detiene y escucha). ¡Oh Dios! Ahí llega la Madre. ¡No quiero ir al infierno! ¿Dónde está la hostia? Oh Dios ahí viene ella. Dónde está la hostia... (Sale corriendo desesperadamente).

(Se escucha un largo y angustioso grito de Sor Julina. Las monjas van entrando nerviosas y susurran, murmuran, pero siempre rezan. Se escucha de nuevo el grito. Esta vez las monjas rezan más alto hasta dejar ahogados los gritos de Sor Juliana. También han entrado Cristina y la Mujer, quienes quedan en el centro de la escena, como proponiéndose continúan la conversación que habían dejado inconclusa).

Sor Cristina--- Sor Juliana se suicidó. ¡Oh Dios! fue tan horrible, nunca fue comprendida.

Mujer --- Una terrible enfermedad en los ojos la dejó casi ciega, aún así la obligaban a trabajar. Es pecado de desobediencia si no lo haces.

Sor Cristina--- Ella, la Madre tuvo la culpa, nunca quiso atenderla.

Se arrojó de una ventana. Fue cayendo lentamente, como en un abismo profundo, infinito. Fue horrible ver la expresión de su rostro. Murió con los ojos entreabiertos como queriendo despertar de un mal sueño.

Mujer --- La gente piensa que aquí todo es paz, pero aquí suceden cosas horribles. El silencio y los rezos se van tragando la vida y los gritos no se escuchan afuera. Los altos y gruesos muros guardan la amargura de todos aquellos que permanecen aquí, en este convento.

Sor Cristina--- En este sepulcro.

(Aparece la Madre Superiora, nadie la ha visto entrar, pero permanecía escuchando sobre el altar que está en penumbra, el cual se va iluminado al mismo tiempo que ella habla. Todas se paralizan al oír la y lentamente se vuelven a mirarla, excepto Cristina y la mujer).



Superiora --- En los conventos hay tres clases de silencio:

Silencio Ordenado: Consiste en no hablar, sino lo estrictamente necesario en voz baja y con signos inteligibles y que no causen risa.

Silencio de Obra: Procurar no hacer ruido con ningún objeto. Caminar en puntillas. Cerrar las puertas con sumo cuidado.

Silencio Grande: Consiste en un silencio sepulcral que por nada del mundo debe ser interrumpido; ni por obra, ni por palabra.

En caso de que se falte a éste, hay que besar el suelo cuantas veces se ha faltado.

Sor Cristina--- (Volviéndose a la Superiora) Madre...

Superiora --- La escuche hija. Le prohibo terminantemente hacer conjeturas acerca de sus superiores. Ellos son los representantes de Dios en la tierra y el solo pensar algo malo de ellos, la coloca a usted en peligro de cometer un gravísimo pecado contra la caridad y la obediencia.

Sor Cristina--- Sor Juliana trató de hablarle a tiempo. Ahora ya no podemos hacer nada.

Superiora --- Rezar, rezar por su alma, porque el demonio se apoderó de ella.

(Las monjas comienzan a rezar en voz baja).

Mujer --- No. ¿Qué más podía hacer? Ya no le quedaba alternativamente.

Superiora --- Podía rezar para que el demonio saliera de su cuerpo.

Sor Cristina--- Sufrió mucho, pudo haberla escuchado.

Superiora --- Rezar, rezar porque el demonio se apoderó de ella.

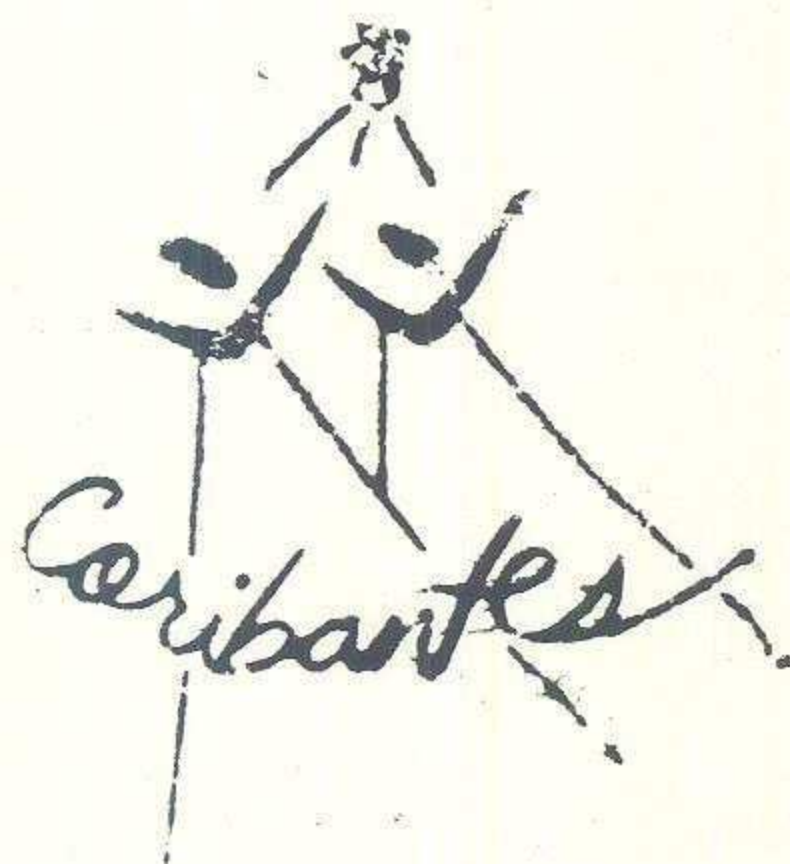
(Cristina pierde el control y le grita a la Superiora).

Sor Cristina--- ¡No fue el demonio!

(Las monjas dejan de rezar)

No fue el demonio. Fue la incomprensión, la tristeza de saber que la angustia la absorbía. Es encontrarse de pronto sin vida o sin salidas, sin caminos. Es el no ver ni siquiera un rayo de luz que pueda colarse por alguna hendidura de la puerta. Es saber que la prisión se va volviendo más y más impenetrable. No, no fue el demonio; fue el miedo a sentirse perdida y no encontrar su alma. ¿Rezar? Rezar para qué. Era comprensión lo que necesitaba, no rezar. Cuántas veces intentó hablarle, explicarle, decirle y usted le negó siempre la audiencia. Sólo le decía que rezara. Le negó el derecho de vivir en paz, madre, de morir en paz.

Superiora --- Le prohibí hacer conjeturas acerca de sus superiores Cristina.



Coribantes

Sor Cristina--- Pero si sólo digo la verdad.

Superiora --- Cristina, permitame recordarle que nuestra Sagrada Institución aprueba, o más bien recomienda castigar a sus hijos o rebeldes, con azotes de cuerdas llamadas disciplinas. Hasta hacerlos sangrar algunas veces, para hacer expiación por sus pecados.

Sor Cristina--- Lo sé. No lo he olvidado.

Superiora --- Se lo recuerdo, porque parece haber usted olvidado todo lo que le hemos enseñado aquí. La comprendo, el tiempo hace olvidar muchas cosas. Dice el Señor que el tiempo pondrá la memoria en el olvido. Pero aquella que se ha vivido o sufrido en carne propia Cristina, no se ha de olvidar nunca.

Mujer --- Recuerda el fuate Cristina, las franjas rojas de sangre.

Sor Cristina--- Ya le dije que no lo he olvidado.

Superiora --- El tiempo nos hace olvidar, es como el viento que pasa por entre las ramas de los arboles, hace un pequeño ruido y sigue su camino. Pero aquellas ramas que fueron cortadas, han de crecer de nuevo siempre, como si nunca olvidaran.

Sor Cristina--- ¡Perdone Madre! ¡Perdone Madre!

Superiora --- ¡Silencio!

Monjas --- Silencio, Silencio, Silencio.

Sor Cristina--- Sólo recuerdo a Sor Juliana. Recuerdo que no quiso atenderle usted. No, yo no puedo callar e ignorar lo que ha pasado. No puede ser. Ya por mucho tiempo he callado madre. Las palabras ya se pudren en mi boca sin decir las. No, no puede ser. Es imposible callar, sin decir la verdad. Luchar por la verdad. Nuestra verdad Madre. Lo que somos y lo que hemos dejado de ser al llegar hasta aquí. Es eso lo que quiso decirle Sor Juliana.

Superiora --- ¿De qué habla usted Cristina?

Sor Cristina--- De lo que pretendemos ser y no somos Madre. De las reglas que pretendemos seguir y no son. Ya estoy cansada de rehuirle su mirada Madre. Ha llegado el momento de decirnos la verdad. ¿Dónde está la caridad Madre? ¿La Justicia? ¿Su amor? Apartó usted de su lado a la hermana Juliana, sin explicación alguna, no le permitió confesar y mucho menos comulgar. La condujo usted misma a esa terrible acción. ¿Qué pretendemos ser Madre? ¿Un convento de paz donde no pasa nada? Un convento donde sólo rezamos tratando de ocultar nuestro dolor, nuestra angustia, nuestra frustración. Nuestro odio Madre. Siempre lo vi en sus ojos cuando estábamos en la cena. Igual lo vió usted en los míos. ¿Por qué pretendemos callar lo que ambas sabemos? Lo que hay detrás de nuestros silencios en la misa, del registro suyo de los cuartos y gavetas, de las largas oraciones que no terminan.



Superiora --- ¡Silencio! ¡Silencio y mil veces Silencio!
 (Conteniendo su rabia, su impotencia, su dolor) Cristina, ni por la santidad del domingo ha respetado usted. Ha incurrido en el más grave de los pecados. ¡Ha interrumpido usted el Silencio Grande, que como representante de Dios había ordenado.

Sor Cristina--- ¡Madre!

Superiora --- Calle, calle Cristina no pronuncie esa palabra. No merece usted ser la hija de Dios.

Mujer --- No. ¡No calles Cristina! Grita todo lo que sabes, di al mundo tu verdad. Cuéntale al mundo tu sueño.

Sor Cristina--- No, no callaré. La verdad no se encuentra encerrada detrás de estos muros fríos. Detrás de los rosarios en silencio hasta las tres de la mañana. Muros muertos y esteriles; sin fe, sin amor, sin vida. Todo el que acepto esto, se destruye a sí mismo.

Superiora --- ¿Y qué pretende Cristina? Inventar una nueva religión. ¿Cree saber más que nuestra Santa Institución? Creo que ha perdido la cabeza, pero se volverá a colocar en su sitio. Sé qué le ocurre Cristina. Desde la noche que tuvo aquella pesadilla y despertó gritando asustada por que la sombra de las ramas del árbol en su ventana, le parecían un demonio. Desde esa noche el mismísimo demonio de ha ido apoderando cada noche de su alma y cuerpo. La he escuchado. He escuchado sus quejidos en la madrugada al final del corredor. Cuando voy a dar cuerda al reloj, que siempre se detiene a las tres de la madrugada, la he escuchado Cristina.

Monjas --- El Demonio se apoderó de ella, de su alma, de su cuerpo. El Demonio se apoderó de ella...

(Cristina emite un grito largo y angustiante)

Sor Cristina--- ¡Nooooooo...!

Mujer --- (Va donde Cristina, la toma entre sus brazos y la consuela) Se te han cerrado las puertas Cristina.

Monjas --- (Saliendo) Se te han cerrado las puertas. Se te han cerrado las puertas...

(Ha quedado en escena la Superiora quien observa desde el fondo la conversación de de Cristina y la Mujer).

Sor Cristina--- (Llorosa) ¿Recuerdas el jardín donde crecimos? Había tantas flores. Cientos de flores de cientos de colores.

Mujer --- Sí, sí, lo recuerdo.

Sor Cristina--- Papá se entristeció cuando decidí entrar al convento, al sepulcro.

Mujer --- Ya lo dijiste, eras tan niña aún.

Caribant

Superiora --- Cristina está loca, tiene el demonio adentro. Yo debo ayudarla, salvarla. Pero significa un riesgo muy alto mantenerla aquí. Esto es muy peligroso. Tal vez sería mejor encerrarla.

Mujer --- (Se vuelve hacia la Superiora) No. ¡No debe hacerlo, no puede hacerlo. Cristina es su...

Superiora --- (Sobre el altar donde se encontraba, asume posición de predicador y se retuerce exageradamente). ¡Oh Dios! Cuánto se han multiplicado nuestros adversarios, muchos son los que se levantan contra nosotros. Muchos son los que dicen, los que hablan. No hay para ellos salvación. (Las Monjas han entrado lentamente, rezando en susurro, siempre rezando. Pero ahora se detienen como influenciadas por la Superiora).

Más ustedes (señalando a las Monjas) formarán un escudo alrededor mío. "Con mi voz clamé y tú me respondiste de lo alto. Yo me acosté y dormí porque me sustentabas. "No temeré a diez millares de adversarios que pusieren sitio contra mí. ¡Levántame! ¡Salvame Señor! Porque tú herirás a todos mis enemigos en la mejilla. Los dientes de los perversos quebrantarás. La salvación sobre ti. Sobre mí. La mandaré a encerrar, ¿han oído hermanas? Cristina será encerrada y castigada hasta hacerle expiar por sus pecados. Debo salvar su alma. Debo salvarla.

(Apagón)

(Luego se va encendiendo lentamente una luz tenue de madrugada. Las monjas deambulan por la escena como fantasmas portando velas encendidas.)

Monja 1 --- Mi celda está envuelta en tinieblas.

Monja 2 --- Ven Cristina, ven a nosotros. Te hemos traído un regalo que te hará dormir.

Monja 3 --- El convento todo es una cueva pequeña de gritos.

Monja 2 --- Las tres de la mañana, las tres, las tres.

Monja 4 --- Enloquecieron mi espíritu.

Monja 5 --- Un precioso regalo para la hereje.

Monja 6 --- Me dijeron que Dios estaba guardado en una cajita de cristal.

Monja 7 --- Siempre fuiste rara Cristina.

Monja 1 --- Te teníamos vigilada.

Monja 2 --- La noche es el día y el día panal de avejas furiosas.

Monja 3 --- Con ideas muy extrañas Cristina.

Monja 4 --- Pero ahora descansarás.

Monja 5 --- Todo huele a sangre a Pesadilla.

- Monja 3 --- Las tres de la mañana, las tres, las tres.
- Monja 6 --- Rezar, rezar, rezar...
- Monja 7 --- Y mi cuerpo envuelto en tinieblas, ¿Dónde está la luz?
- Monja 1 --- Las avejas se levantan y gritan en la cueva pequeña.
- Monja 2 --- Ven Cristina, ven con nosotras.
- Monja 3 --- Los santos se desnudan.
- Monja 6 --- El reloj va a detenerse son las tres, las tres de la mañana.
- Monja 4 --- Caen sus viejos mantos carcomidos.
- Monja 6 --- El mundo está estallando en gritos y nosotras aquí encerradas.
- Monja 7 --- Las cucarachas se fueron trepando por el crucifijo.
- Monja 1 --- Al mundo se lo come un gigante y mis gritos no se escuchan.
- Monja 2 --- Las abejas suben hasta el crucifijo.
- Monja 3 --- Siempre fuiste rara Cristina.
- Monja 4 --- Ensordecieron mis gritos.
- Monja 5 --- El convento es un sepulcro. Una cajita de cristal.
- Monja 1 --- Son las tres, las tres de la mañana.
- Monja 6 --- Con ideas muy raras, Cristina.
- Monja 7 --- Somos fantasmas encerrados en cavernas.
- Monja 1 --- La niña abeja grita.
- Monja 2 --- Y nuestro llanto no sale afuera, ni nuestros gritos.
- Monja 3 --- Ven, ven Cristina. Ven al jardín Cristina.
- Monja 4 --- Era un cielo perdido en el fondo del mar, un cielo oscuro donde las almas se paseaban solas, sin hablar.
- Monja 5 --- Sin reír.
- Monja 3 --- El reloj va a detenerse.
- Monja 6 --- La niña abeja grita.
- Monja 7 --- Siempre fuiste rara Cristina.
- Monja 1 --- Grita porque el cristal sólo rasgó tu piel y fue entonces un cuerpo trunco lleno de franjas de sangre rojas, roja...
- Monja 2 --- Era un cielo lleno de celdas que giraban sin cesar.
- Monja 3 --- Gritos pequeños.
- Monja 4 --- Estrechadas celdas.



- Monja 5 --- Paredes blancas.
 Monja 6 --- Rojas de sangre.
 Monja 7 --- Todo huele a sangre a Pesadilla, a
 pesadilla.

(En la misma forma que entran van saliendo)

(Apagón)

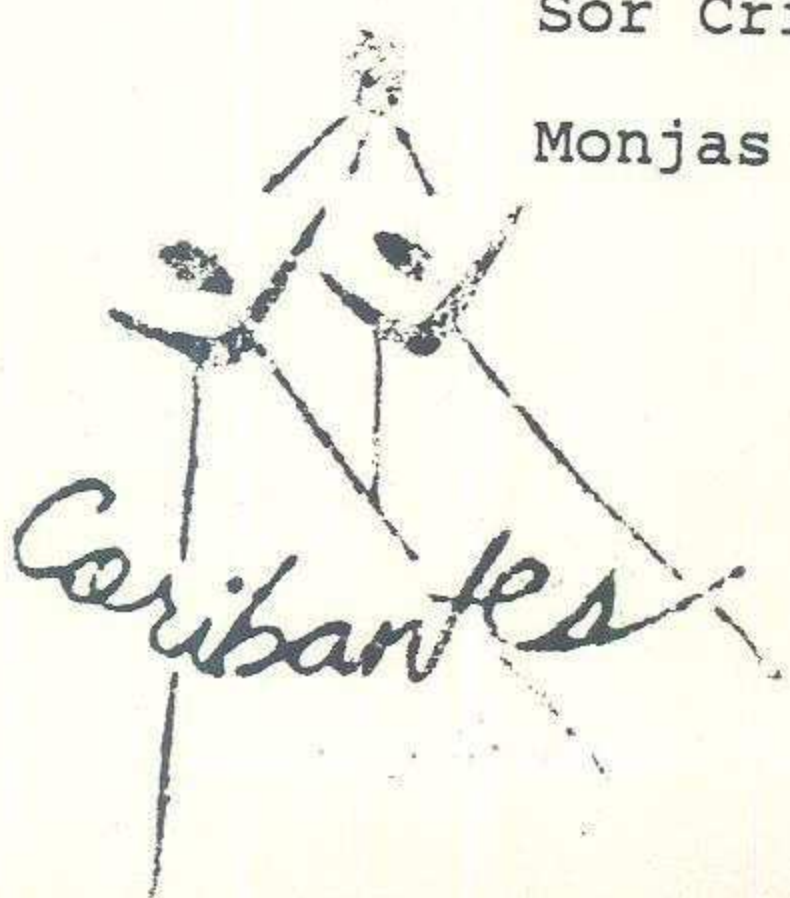
(Al encenderse la luz deben estar en escena, Cristina quien está agotada tirada en un extremo, la Mujer y la Superiora quienes están conversando).

- Superiora --- He tomado ya una decisión. Cristina será encerrada, castigada, salvada. Es un peligro mantenerla aquí.
- Mujer --- ¿El peligro es pensar diferente a usted? ¿Querer decir la verdad? ¿Terminar de una vez con este silencio que se las traga a todas? El peligro es la vida que palpita afuera, el tiempo enclaustrado y detenido y los gritos que nunca permitió escuchar, que nunca dejaron salir.
- Superiora --- Lamento mucho que todo esto haya terminado de esta forma, pero nadie puede rebelarse contra nuestra Santa Institución, sus preceptos sus ordenanzas. No podemos permitir que el Demonio gane almas al cielo.
- Mujer --- Lo lamenta usted. ¿Verdaderamente lo lamenta? No. Obedecer y dejarse humillar es su consigna, soportar, resistir al silencio, su mirada vacía.
- Superiora --- Y qué quiere usted que haga. No crea que me muero de risa y de placer al ver que el Demonio le arranca el alma del cuerpo a una de nuestras hijas y la conduce al infierno. Yo también he sentido sus ojos acusándome, juzgándome, culpándome. Cada rosario, cada oración, cada desvelo me lo dice. Tengo que hacerlo, debo salvarla.
- Mujer --- Pero si apenas es una niña. Cómo puede atentar usted contra su propia vida. Cómo puede usted olvidar que Cristina...
- Superiora --- Ha faltado a la obediencia que prometió al hacer los votos. Debe ser encerrada y castigada.
- Sor Cristina --- (A pesar de su abatimiento se levanta)
 Pido permiso para hablar.
- Superiora --- Denegado. Ha llevado la contraria a sus superiores quienes son los representantes de Dios en la tierra.
- Mujer --- Debe escucharla.
- Superiora --- Denegado.
- Sor Cristina --- Pido permiso para hablar.
- Superiora --- Denegado.
- Sor Cristina --- Pido permiso para hablar.

Caribant

(Van entrando las Monjas)

- Monjas --- Denegado, Denegado, Denegado...
- (Mientras las Monjas susurran el denegado, la Mujer habla por sí misma)
- Mujer --- Denegado. El denegado se apoderó de todo el tiempo, de toda esperanza, de todas las palabras. Pobre Cristina, el denegado gritado al universo se clavó como una herida en tu mente, como una idea en tu piel. Sabías que te harían esto, lo sabías. Hay que callar, seguir dando cuerda al reloj. Los santos respiran ira, no se conmueven ante nada. (Va a donde Cristina) Ya vienen a llevarte.
- Sor Cristina--- Aún tengo fe en que saldré de aquí.
- Mujer --- Te castigarán.
- Sor Cristina--- Tengo tanto que hacer afuera, pero estoy tan cansada.
- Mujer --- Traspasar los muros, Cristina. Cruzar las tinieblas estancadas. Aquí la vida se ha paralizado.
- Sor Cristina--- Aquí la vida se ha detenido. Vamos muriendo. Estamos muriendo con las palabras podridas en la boca.
- Mujer --- Cierra los ojos Cristina. Cierra tus ojos y oídos, tus sentidos. Comienza tu dolor.
- Sor Cristina--- (Cerrando los ojos) A veces sueño que...
- Mujer --- El sueño. ¿Recuerdas el sueño Cristina? ¿Lo recuerdas?
- Sor Cristina--- Sí lo recuerdo. Soñé que... ¡Oh Dios! Soné con aquel enfermo que no pudo confesar, que se moría.
- Mujer --- Sigue Cristina. ¡Recuerda el sueño! ¡Recuérdalo!
- Superiora --- (Como intentando terminar la conversación)
- Arrodíllese, Cristina. Se lo ordeno en nombre del Señor. En nombre de nuestra Santa Institución.
- Monjas --- Ven, ven Cristina, ven con nosotras.
- Sor Cristina--- No, dejenme, quiero estar sola.
- Monjas --- ¡Arrodíllate, Cristina! ¡Arrodíllate! Y ven de rodillas hasta nosotras.
- Sor Cristina--- No. Djenme, dejenme sola.
- Monjas --- Ve, ven Cristina, ven a dormir. Un sueño lento, largo, Cristina.
- (Las monjas van hasta Cristina, la toman. Cristina forcejea, pero no obstante la llevan entre todas las monjas al altar del Sacrificio. Le atan las manos. Le razgan el hábito hasta que Cristina queda con el torso desnudo. Van a flajelarla.)



Caribantes

(La Superiora asume el rol de verdugo y comienza la tortura, la flagelación. Durante la tortura las monjas se arrodillan y rezan, siempre rezan. Los números de los azotes pueden ser mas detallados, pero deben detenerse en cincuenta.)

Superiora --- Uno, dos, tres, siete, doce...

Sor Cristina--- ¡Oh Dios! ¿Por qué? En ti he confiado.

Superiora --- ...Trece, quince, veinte.

Sor Cristina--- ¡Oh Dios! Si hay en mis manos iniquidad persiga al enemigo mi alma y alcáncela.

Superiora --- ...Treinta, treinta y cinco.

Sor Cristina--- ¡Señor, levántate en tu ira!

Superiora --- ...Cuarenta, cuarenta y dos, cincuenta ¡Oh Dios, muéstrate! Perdón, Perdoname Madre. Perdona, Madre.

(Termina la tortura, Cristina queda tendida sobre el altar. La Superiora también a quedado extenuada.)

(La Mujer sube a ayudar a Cristina, la desata, le trata de acomodar el hábito).

Sor Cristina--- (A la Mujer) A veces sueño que sueño y al despertar... ¡Oh no, Dios mío! No es sueño, no es sueño no...

(Las Monjas comienzan a cantar en voz baja)

Monjas --- Pequé, Pequé Dios mío.
Piedad, Señor, Piedad
Si grandes son mis culpas
Mayor es tu bondad.

Ven, ven Cristina. Hay que encerrarte hay que salvarte. Vamos, vamos Cristina, allí no habrán relojes descompuestos. Ven, ven Cristina.

(Salen llevando a Cristina fuera de la escena).

(Sólo quedan en escena la Superiora y la Mujer. La Superiora va a salir, pero la voz de la mujer la detiene).

Mujer --- ¿Cómo es posible que lo hiciera?

Superiora --- Debo hacerlo. Debo salvarla. Echar al Demonio fuera de su cuerpo.

Mujer --- No, no es cierto.

Superiora --- Es muy peligrosa. Debo salvarla. Encerrarla.

Mujer --- No. ¡No es cierto, nada es cierto! Todo eso no es más que una oscura y sórdida mentira. Por qué insiste en mantener silencio. Un silencio que las pudre a todas por dentro.

Superiora --- Pero Cristina está loca. Habrá que encerrarla, ayudarla, salvarla.

Caribbean

Mujer --- Pero cómo puede hacerlo. Cerrar sus ojos y oídos a la verdad.

Superiora --- Calle ¡Por Dios! En los conventos hay tres clases de Silencio. Silencio...

Mujer --- Silencio. ¿Para qué? ¿Para qué guardar Silencio? Su cuerpo, sus ojos lo gritan. Cada gesto suyo grita su frustración, su angustia, su odio. La gente afuera no sabe lo que ocurre aquí adentro. Quejidos, gritos pequeños, constantes. Todo esto es una historia sucia, falsa, tan falsa como el sueño. Todo huele a pesadilla aquí.

Superiora --- ¡Basta!

Mujer --- Soledad, angustia. Todas las puertas que se cierran y la vida que va terminando.

Superiora --- ¡Oh Dios! ¡Dios, castiga a nuestros enemigos!

Mujer --- ¿Por qué llevan a Cristina a ese horrible y sucio cuarto, a donde él agonizó? A donde él murió.

Sor Cristina--- Allí también se le sepultó. Allí espera por Cristina. Habrá una fosa común para los dos. De allí el Demonio los llevará en sus garras a morar en el Infierno Infinito.

Mujer --- ¡Oh Dios no!, pero cómo pudo hacerlo. ¡Por Dios, madre ¿cómo pudo hacerlo?

(Se oye chirrido de puertas que se cierran fuertemente. Entra Cristina después de que la Superiora ha subido al altar).

(Durante la conversación deben intercambiarse los velos como si se tratase de un ritual)

Sor Cristina--- Se te han cerrado las puertas.

Mujer --- ¿Recuerdas el jardín donde crecimos? Había tantas flores. Cientos de flores de cientos de colores.

Sor Cristina--- Sí, lo recuerdo.

Mujer --- Papá se entristeció cuando decidí entrar al convento.

Sor Cristina--- Eras una niña.

Mujer --- Sí una niña a quien su padre amaba. Una niña que amó a su padre.

(Las Monjas van entrando en silencio y se arrodillan, en círculo. Cristina y la Mujer también lo hacen. Los rostros de las Monjas deben reflejar paz y una gran quietud.

(Empieza el rosario dirigido por la Superiora quien se encuentra al fondo, detrás del altar).

Superiora --- ¡Ave María Purísima!

Monjas --- Sin Pecado Concebida.

(Las demás frases deben decirse a manera del rezo de un rosario).

Caribantes

Monja 1 --- Mi celda está envuelta en tinieblas.
 Monjas --- Mi celda está envuelta en tinieblas.
 Sor Cristina--- Me dijeron que Dios estaba guardado en una cajita de cristal.
 Superiora --- ¡Ave María Purísima!
 Monja 3 --- Amenazaron mis sueños. Enloquecieron mi espíritu.
 Monja 4 --- Y mi cuerpo envuelto en tinieblas.
 Superiora --- Dios te salve Madre, a ti llamamos la desterradora hijos de Eva.
 Monja 5 --- ¿Dónde está la luz?
 Monja 6 --- Los santos se desnudan de sus viejos mantos carcomidos.
 Superiora --- ¡Ave María Purísima!
 Monja 7 --- El mundo está estallando en gritos.
 Monja 3 --- Y nosotras aquí encerradas.
 Superiora --- Por las animas benditas, todos debemos rezar. Que Dios las saque de pena y las lleve a descansar.
 Monja 2 --- Al mundo se lo come un gigante y mis gritos no se escuchan.
 Mujer --- Ensordecieron mis gritos.
 Monja 5 --- Escondieron las palabras detrás de estas paredes.
 Superiora --- ¡Ave María Purísima!
 Monja 6 --- Somos fantasmas encerradas en cavernas.
 Monja 1 --- Nuestro llanto no sale afuera.
 Superiora --- Madre, a ti suspiramos gimiendo y llorando en este valle de lágrimas.
 Monja 4 --- Ni nuestros gritos se escuchan.
 Monja 2 --- Era un cielo perdido en el fondo del mar.
 Superiroa --- ¡Ave María Purísima!
 Sor Cristina--- Un cielo oscuro donde las almas se paseaban solas.
 Monjas --- Sin hablar.
 Superiora --- Por las animas benditas, todos debemos rezar, que Dios las saque de pena y las lleve a descansar.
 Mujer --- Era un cielo lleno de celdas que giraban sin cesar.
 Monjas --- Sin reír.
 Monjas 2 --- Gritos pequeños.
 Monjas --- Estrechadas celdas.

Caribantes

Monja 5 --- PAREDES BLANCAS.

Monjas --- PAREDES ROJAS.

Monja 6 --- Todo huele a sangre a pesadilla.

Monjas --- AMEN, Amen, Amen.

Superiora --- ¡Ave María Purísima!

Monjas --- Sin pecado concebida. Sin pecado concebida.
Sin pecado concebida.

(Salen todas las Monjas precedidas por la Superiora).

(Han quedado en escena Cristina y la Mujer, físicamente agotadas. Hablan para sí, sin escucharse prácticamente.)

Sor Cristina--- Me encerraron para castigarme. Tengo que salir, escapar.

Mujer --- ¿Recuerdas cuando jugabamos en el jardín? Nuestro hogar era feliz.

Sor Cristina--- Quiero escapar, huir de todo esto.

Mujer --- Aquella madrugada en la que el Demonio entró a tu cuarto, el hogar se dañó. Todo se volvió sordido. Las paredes de tu cuarto estaban sucias, mancilladas.

Sor Cristina--- Necesito escapar. Salir de aquí. Gritar al mundo la verdad.

Mujer --- Yo me opuse, luché con todas las fuerzas de mi alma y mi cuerpo para que el Demonio te abandonara. Mamá me culpó de robarle el cariño de papá.

Sor Cristina--- En los conventos hay tres clases de Silencio. ¡Calla! ¡Guarda silencio, o serás castigada!


Mujer --- Mamá no sabía, no se daba cuenta de que no era yo quien le robaba el cariño de papá. No era yo quien dañaba el hogar, quien lo descomponía. No era yo, era aquella mujer.

Sor Cristina--- ¡Silencio! ¡A rezar, a rezar! ¡A guardar Silencio, silencio Grande!

Mujer --- No era yo, era aquella mujer, era... Era Cristina. Era Cristina.

Sor Cristina--- A callar, a callar. Necesito escapar, salir de aquí.

Mujer --- Decidí entonces entrar al convento para encontrar la paz. Papá se entristeció, murió de tristeza lo sé. Y yo lo amaba tanto, tanto. Mamá dice que murió sin decir nada, pero yo sé que me llamaba, yo lo sé. Lo presentí siempre.



Caribantes

Sor Cristina--- Me encerraron en una celda pequeñita. Todo apestaba a orín ya fermentado. Estuve allí varios días, meses años ¿minutos? ¡Oh Dios! No sé cuánto tiempo pasó. El olor era insoportable, era como el de un cadáver el cual se le pudré poco a poco la piel. Grité, pero de nada valió. Nadie escuchaba. ¿Dónde estaban todos?

Mujer --- No sé cómo empezó todo, pero sé que preferimos rezar, rezar, guardar silencio, callar.

Sor Cristina--- Necesito escapar, huir.

Mujer --- ¡Oh Madre perdone! Por favor Madre perdóneme.

Sor Cristina--- ¡Quiero salir! ¡Salir!

Superiora --- ¡Madre perdóneme, perdone Madre! Ahora que él está muerto, perdone, Madre.

Sor Cristina--- (Como enloquecida) La, La, La... Creo que me han salido alas, puedo volar, salir, escapar.

Mujer --- Madre por qué no me escuchaste. Por qué siempre guardamos silencio.

Sor Cristina--- ¡A salir! ¡A salir! Se me desgarró la piel.

Mujer --- ¡Madre por Dios! ¡Escucheme!

Sor Cristina--- A veces sueño que me han salido alas.

Mujer --- (Como despertando y volviendo a la realidad) ¡El sueño! Sí. El sueño Cristina, recuerda el sueño.

Sor Cristina--- ¿El sueño? Oh si el sueño... Las abejas... la celda pequeñita... El hedor...

Mujer --- No. No Cristina el sueño. El sueño.

Sor Cristina--- Los gritos pequeñitos. El denegado... Sor Juliana...

Mujer --- (Desesperada, zarandea a Cristina) No. No Cristina el sueño.

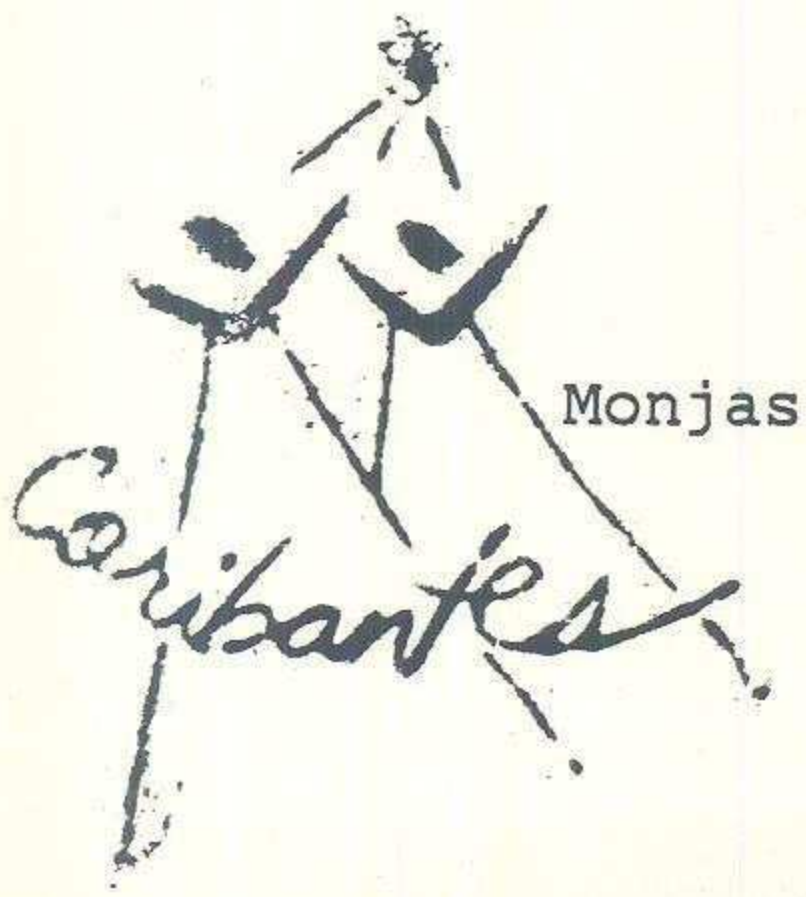
Sor Cristina--- Los santos se desnudan, las cucarachas suben al crucifijo, al altar, las abejas muerden la hostia... ¡Oh Dios! El jardín...

Mujer --- Sí, Cristina... El jardín, el jardín...

Sor Cristina--- (Soltándose) Déjame, déjame. Yo no quería hacerlo, tú y papá me obligaron. A veces tu voluntad es la mía, me domina.

(Las Monjas van entrando a buscar a Cristina)

Monjas --- Ven, ven Cristina, ven con nosotras. Ven a dormir. No dejes la ventana abierta, el demonio puede entrar por ella. Ven, ven Cristina, ven...



(Las Monjas cubren el rostro de Cristina con el velo y se la llevan cargándola en procesión y cantando la acuestan sobre el altar).

Pequé, pequé Dios mío
Piedad Señor, Piedad...
Si grandes son mis culpas
Mayor es tu bondad.

(Las Monjas rodean el altar cantando en voz baja).

Mujer

--- ¡Vuelve Cristina, vuelve! Nadie escuchará tus gritos. Ven Cristina el sepulcro, el convento se derrumba. Te llevan con él Cristina. ¡Vuelve! Oh Dios, Cristina vuelve. Debes explicarle a mamá que no era yo, eras tú. ¡Cristina vuelve, vuelve! Recuerda el sueño Cristina, lo recuerdo.

(Entra la Superiora)

(La Mujer corre hacia ella)

Oh Madre perdóneme, no era yo era Cristina, era Cristina. Ya recordé el sueño, ya lo recuerdo. A veces sueño que sueño y al despertar...

Superiora

--- (A la Mujer) Vamos Cristina no te tortures por el pasado, pues su memoria es puesta en el olvido, en el sueño, sí hija, en el sueño.

(La toma en los brazos, se sienta en el suelo y la acuna como si fuera una niña).

Vamos trata de descansar, de dormir. Debes estar muy cansada. Vamos duerme hija mía, yo velaré tu sueño.

Mujer

--- (Llorando) Gracias mdre, gracias por perdonarme. ¿Sabes? Recordé el sueño. A veces sueño que sueño y al despertar... Al despertar... al despertar... (Se queda dormida).

Superiora

--- Al despertar muero en el sueño. Ya es tarde para recordarlo Cristina, muy tarde hija mía. "Esto malo hay en todo lo que se hace aquí que un mismo suceso acontece a todos y también que el corazón de los hijos de los hombres, está lleno de mal, de hiel."

(La Superiora abraza a la Mujer, la besa en la frente, la toma por el cuello y la estrangula, mientras reza en voz baja el Ave María, mientras Cristina grita en el altar del Sacrificio hasta morir.)

(Se oye el chirrido de puertas que se cierran para siempre, para siempre. Las campanadas anuncian que ya son las tres de la mañana.)

Las tres, las tres de la mañana. Perdóname Cristina, hija mía perdóneme, pero no puedo perdonarte.

Seminario Multidisciplinario
José Emilio González

SMJEG

Facultad de Humanidades
UPR-RP

Caribantes